

Un gentilhombre de Silesia había invitado a unos amigos a una gran cena, pero éstos se excusaron a la hora en que debía celebrarse. El gentilhombre, despechado por encontrarse solo en la cena cuando había pensado dar una fiesta, montó en cólera y dijo:

—Puesto que nadie quiere cenar conmigo, ¡qué vengan todos los diablos!

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, salió de casa y entró en la iglesia, donde estaba predicando el cura. Mientras escuchaba el sermón, unos hombres a caballo, oscuros como negros y ricamente vestidos, entraron en el patio de su casa y dijeron a los criados que fueran a avisarle de que los huéspedes habían llegado. Un criado asustado corrió a la iglesia y contó a su amo lo que pasaba. El gentilhombre, estupefacto, pidió consejo al cura, que acababa de terminar el sermón.

El cura se dirigió sin pensárselo dos veces al patio de la casa donde acababan de entrar los hombres negros. Ordenó que saliera toda la familia fuera de la vivienda; lo que se ejecutó tan precipitadamente que dejaron dentro de la casa a un niño que dormía en la cuna. Los huéspedes infernales comenzaron entonces a mover las mesas, a aullar, a mirar por las ventanas, adoptando formas de osos, lobos, gatos, y hombres terribles, en cuyas manos se veían vasos llenos de vino, pescados y carne cocida y asada.

Mientras que los vecinos, el cura y un gran número de curiosos contemplaban con horror tal espectáculo, el pobre gentilhombre empezó a gritar:

—¡Ay! ¿Dónde está mi pobre hijito?

Todavía tenía la última palabra en la boca, cuando uno de los hombres negros sacó el niño a la ventana. El gentilhombre, desesperado, dijo a uno de sus más fieles servidores:

—Amigo mío, ¿qué puedo hacer?

—Señor —respondió el criado—, yo encomendaría mi vida a Dios, entraría en su nombre en la vivienda, de donde, por intercesión de su favor y socorro, os traería al niño.

—Muy bien —dijo el amo—, que Dios te acompañe, te asista y te dé fuerzas.

El servidor, después de recibir la bendición de su amo, el cura y demás gente de bien que le acompañaba, entró en la vivienda y, tras encomendarse a Dios, abrió la puerta de la sala donde estaban los huéspedes tenebrosos. Todos aquellos monstruos, de horribles formas, unos de pie, otros sentados, algunos paseándose, otros reptando por el suelo, fueron hacia él y gritaron:

—¡Uh! ¡Uh! ¿Qué vienes a hacer aquí?

El servidor, lleno de espanto, pero fortalecido por Dios, se dirigió al espíritu maligno que tenía al niño y le dijo:

—Vamos, entrégame a ese niño.

—No —respondió el otro—, es mío. Ve a decir a tu amo que venga él a buscarlo.

El servidor insiste y dice:

—Yo cumplo con mi deber. Así pues, en el nombre y con la ayuda de Jesucristo te quito este niño que debo devolver a su padre.

Y, diciendo estas palabras, cogió al niño y le apretó con fuerza entre sus brazos. Los hombres negros sólo reaccionan con gritos y amenazas:

—¡Ah, desgraciado! ¡Ah, bribón! Deja a ese niño; si no lo haces, te despedazaremos.

Pero él, despreciando su cólera, salió sano y salvo y depositó el niño en los brazos del gentilhombre, su padre. Unos días después, todos estos huéspedes desaparecieron; y el gentilhombre, que se había vuelto prudente y buen cristiano, entró en su casa.